

Romano De Marco

**CIUDAD DE  
POLVO**

Título original: *Città Perduta. La serie Nero a Milano*

Primera edición: 2016

© Romano De Marco, 2015

Published by arrangement with Loredana Rotundo Literary Agency-Italy

© traducción: Patricia Orts, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)

ISBN: 978-84-16691-22-7

Depósito legal: SE. 1200-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

Prólogo .....	9
Uno .....	13
Dos .....	21
Tres .....	27
Cuatro .....	37
Cinco .....	47
Seis .....	57
Siete .....	65
Ocho .....	69
Nueve .....	75
Diez .....	79
Once .....	87
Doce .....	97
Trece .....	103
Catorce .....	107
Quince .....	111
Dieciséis .....	121
Diecisiete .....	129
Dieciocho .....	133
Diecinueve .....	139
Veinte .....	145
Veintiuno .....	149
Veintidós .....	155
Veintitrés .....	159
Veinticuatro .....	167
Veinticinco .....	175
Veintiséis .....	181
Veintisiete .....	187
Veintiocho .....	195

Veintinueve . . . . .	207
Treinta . . . . .	215
Treinta y uno . . . . .	227
Treinta y dos . . . . .	237
Treinta y tres . . . . .	243
Treinta y cuatro . . . . .	249
Treinta y cinco . . . . .	257
Treinta y seis . . . . .	265
Treinta y siete . . . . .	271
Treinta y ocho . . . . .	277
Treinta y nueve . . . . .	281
Cuarenta . . . . .	285
Cuarenta y uno . . . . .	293
Cuarenta y dos . . . . .	301
Cuarenta y tres . . . . .	307
Cuarenta y cuatro . . . . .	315
Cuarenta y cinco . . . . .	323
Cuarenta y seis . . . . .	331
Cuarenta y siete . . . . .	339
Cuarenta y ocho . . . . .	349
Cuarenta y nueve . . . . .	357
Cincuenta . . . . .	365
Cincuenta y uno . . . . .	371
Cincuenta y dos . . . . .	377
Cincuenta y tres . . . . .	381
Cincuenta y cuatro . . . . .	385
Cincuenta y cinco . . . . .	391
Cincuenta y seis . . . . .	399
Cincuenta y siete . . . . .	405
Cincuenta y ocho . . . . .	411
Cincuenta y nueve . . . . .	419
Sesenta . . . . .	427
Sesenta y uno . . . . .	435
Sesenta y dos . . . . .	441
Epílogo . . . . .	445

## PRÓLOGO

**C**UANDO REGRESAS AL INFIERNO DESPUÉS DE HABER escapado de él no es como la primera vez. Es peor. Porque sabes lo que te espera.

El infierno se llama cárcel de Canton Mombello y está en Brescia.

Detrás de la fachada rehabilitada y más que decorosa del edificio de finales del siglo XIX, detrás de los despachos modernos y confortables, se oculta una de las cárceles más inhumanas de Europa.

Cuatrocientos cincuenta presos ocupan las doscientas plazas disponibles en las celdas divididas en dos alas, la norte y la sur.

Alas. Es una perversa ironía llamar así a unos pasillos oscuros cuyos ocupantes están privados de libertad.

Las celdas son de dos tipos: las de ocho metros cuadrados, donde viven unos seis o siete condenados, y otras algo mayores en las que, con frecuencia, se hacinan hasta doce. Son sombrías, húmedas. Apestan y nunca se airean.

Los retretes al estilo turco, sin tabiques, se encuentran a apenas unos centímetros de las literas de tres pisos, donde los detenidos duermen o permanecen tumbados veintidós horas al día. Porque no hay espacio suficiente para estar de pie.

En los extremos de las dos alas están las duchas. Unos escuálidos receptáculos de suciedad, moho y agua fría (poca...) donde los estupros y las violaciones están a la orden del día.

La ley italiana sobre la salud de los trabajadores obliga a disponer un espacio mínimo de dos metros cuadrados y diez metros cúbicos por persona, a ventilar cuatro veces cada hora, a tener servicios higiénicos separados del resto de los locales, y luz y aireación naturales. Son normas antiguas, incluso de los años cincuenta.

Pero el reloj de los derechos humanos se detuvo mucho antes para los presos de Canton Mombello. Son residuos carentes de dignidad, desechos de la sociedad civil, que los ignora y prefiere hacer como si no existieran.

En este infierno terrenal, poblado de drogadictos, seropositivos, alcohólicos y enfermos de hepatitis, se sobrevive gracias a los psicofármacos, que en la jerga se denominan las «gotas». Circulan en abundancia y son la única esperanza de poder pasar unas horas al día en un olvido nebuloso que regale una ilusión de intimidad, de decencia.

Antes de volver al horror.

Me llamo Marco Tanzi. Soy expolicía, ex padre de familia, expreso. Pasé casi ocho años en sitios como éste.

Cuando salí elegí vivir al margen del mundo, dormir en la calle, perderme en los rincones más lúgubres de Milán. Hasta que un día secuestraron a mi hija.

Para recuperarla tuve que volver al buen camino, liberarme de mis demonios, reintegrarme en el denominado mundo civil.

Y aquí estoy de nuevo.

Con todo, esta vez tengo una misión. Desesperada, como de costumbre, y de la que dependen varias vidas.

Siempre y cuando consiga salvar antes la mía.





## UNO

*Milán. Tres días antes*

—¿S E DA CUENTA DEL DISPARATE QUE HA DICHO, doctor? ¡Es una auténtica locura y, por si fuera poco, ilegal!

Luca Betti, comisario de la brigada Criminal de Milán, habla mientras camina nervioso de un lado a otro del despacho del fiscal Enrico Salvemini, situado en las dependencias de la Fiscalía del Tribunal de Apelación.

—¡Betti, pare un momento, por Dios! Siéntese y escúcheme.

El policía obedece a su pesar. El magistrado se inclina hacia él con expresión sombría desde el otro lado del escritorio de madera clara. Enrico Salvemini es un hombre de cincuenta y dos años, pelo rojizo, cortado a cepillo, barba bien cuidada y ojos glaciales. Escruta a Luca Betti unos diez segundos, el tiempo necesario para dar énfasis a sus palabras.

—Desde que Matteo Serra llegó a Milán el clan de los Capasso se ha hecho con el monopolio del tráfico de

cocaína, es innegable. Como jefe de la sección Antidroga, Serra ha conseguido allanar el camino a la *'ndrangheta* eliminando la competencia de los sicilianos a fuerza de arrestos ilegales y homicidios. Permitió que Rocco Barillaro, mano derecha de Franco Capasso, heredara la red de tráfico que estaba ya arraigada en el territorio y, gracias al canal privilegiado de los suministros que llegan directamente de Colombia y a la protección de la policía, se apoderó del mercado con gran facilidad. ¿Los albaneses? Serra se los ha quitado de encima. ¿Los sicilianos? Les ha compensado cediéndoles ciertas actividades criminales en otras regiones. A ver si adivina quién ha avalado los acuerdos. Matteo Serra, claro está.

—Yo también he oído decir que Serra es un policía corrupto... Es más, según parece lo era ya cuando estaba en Roma. Pero, Cristo, sigo sin entender... Si usted, uno de los miembros más respetados de la fiscalía, está al corriente de todos esos tráficos, de esas actividades ilegales, ¿por qué no dicta una orden de captura?

—Porque para poder hacerlo hacen falta pruebas, Betti, lo sabe de sobra. Sembrando el terror, Serra ha erigido una cortina impenetrable, alimentada por la ley del silencio y el miedo. Además, está el asunto de los expedientes.

—También me han hablado de ellos, pero muchos piensan que en realidad son una leyenda metropolitana.

—¡Tonterías! —ruge Salvemini—. ¡Es cierto! Matteo Serra colaboró durante varios años con el servicio de inteligencia del Ministerio del Interior, la agencia que antes de la reforma de 2007 se denominaba SISDE. En ese pe-



riodo logró recopilar información comprometedor sobre políticos, altos prelados y figuras clave del mundo económico e institucional del país. Reunió todo en una serie de archivos que utiliza como salvoconducto en las situaciones críticas. Siempre ha salido bien parado amenazando con divulgar esos datos, lo que causaría un auténtico terremoto mediático. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué lo trasladaron a Milán, en lugar de expulsarlo de la policía, cuando lo pillaron en aquel asunto de drogas?

—El informe oficial de los carabinieri sobre el episodio de Roma dice otra cosa. En todo caso, la brigada de Serra sigue teniendo el récord de arrestos. Y también de secuestros de droga.

—Una simple cortina de humo —exclama lacónicamente Salvemini—. Los servicios secretos sustituyeron el informe original. Serra sólo detiene a los peces pequeños, las cabezas de turco, los competidores del clan Capasso. Por no hablar de las partidas de droga que ha interceptado. No niego que esas operaciones causaron sensación... El ministro del Interior y el jefe de la policía no se lo pensaron dos veces, las exprimieron y repitieron hasta la saciedad ante los micrófonos y las cámaras de televisión el cuento del «esfuerzo que habían realizado las instituciones en la lucha contra el tráfico de estupefacientes». Pero ¿quiere saber lo que sucedió de verdad, Betti? La cocaína nunca llegó al incinerador. Sólo quemaron un sinfín de kilos de bicarbonato. O de azúcar glas, si lo prefiere. La droga, la de verdad, fue recuperada y salió de nuevo al mercado.

—No es posible...

—¡Escúcheme, Betti! ¡No estoy loco ni me he inventado lo que le estoy diciendo! ¿Recuerda lo que le sucedió hace tres años al núcleo operativo de Gherardi?

—Por supuesto, Andrea es amigo mío.

—Una brigada entera borrada del mapa. Un policía muerto, otro prejubilado y Gherardi, el jefe, gravemente herido y obligado a abandonar el servicio activo. Y, mire usted por dónde, todo eso coincidió con la llegada de Serra a Milán.

—Espere un segundo... ¿Me está diciendo que Serra también está involucrado en esos hechos? Él y Gherardi fueron ascendidos juntos por haber capturado a los asesinos del jefe de policía Ravasi.

—Eso es lo que Serra hizo creer a todos. En realidad urdió un plan para eliminar tanto al jefe de policía como a Gherardi y convertirse de esta forma en el nuevo jefe de la brigada Antidroga. Así podía administrar mejor sus negocios con la *'ndrangheta*.

—Son unas acusaciones graves, está seguro de que...

—Sólo estaremos seguros si convencemos a Furio Pession de que atestigüe. Y tenemos que darnos prisa, antes de que algún sicario de Serra lo asesine en la cárcel.

—Veamos si lo he entendido —exclama Luca Betti exasperado—, tenemos un posible testigo capaz de acorrarlar a Serra y usted, en lugar de ponerlo bajo protección, en lugar de aislarlo en una cárcel de máxima seguridad, pretende que convenza a un expolicía que ha tardado diez años en saldar sus deudas con la justicia para que se vista de nuevo de preso. ¡Por si fuera poco

en la que, con toda probabilidad, es la peor cárcel de Italia!

—Marco Tanzi es nuestra única posibilidad. Puede acercarse a Pession, ganarse su confianza defendiéndolo de los tipos que quieren eliminarlo y convencerlo para que se convierta en nuestro confidente. Pession fue durante años la mano derecha de Rocco Barillaro en Milán, podría procurarnos las pruebas que necesitamos para atrapar a Serra y hacer saltar por los aires los negocios del clan de los Capasso. Podríamos eliminar de un solo golpe la corrupción que existe en el seno de la policía milanesa y el tráfico de cocaína en la ciudad.

—Lo dice como si fuera algo posible. ¡En realidad es una empresa desesperada! Usted mismo ha dicho que Pession se ha negado ya a colaborar.

—Se ha negado porque teme las represalias de Serra y de sus amigos de la *'ndrangheta*, pero apenas intenten dejarlo seco cambiará de idea, estoy seguro. En ese punto su única escapatoria será aceptar la protección que yo le brindaré si colabora para incriminar a Serra. El único problema será evitar que lo maten antes, y para eso necesitamos a Marco Tanzi.

—Cristo... Por eso no ha trasladado a Pession a una cárcel más segura. *Quiere* que traten de cepillárselo. *Quiere* obligarlo a hablar aprovechando el miedo que siente. *Quiere* chantajearlo.

El fiscal Salvemini cambia de expresión. Su cara es ahora una máscara dura, despectiva.

—Mire, Betti, no me venga ahora con sus sermones de mierda. Furio Pession es un miserable, por su culpa

han muerto varias personas. La comunidad y la ciudad de Milán, en especial, han sufrido unos daños incalculables debido a las actividades criminales en que está involucrado. Lo arrestamos porque, además de ser el contable de Rocco Barillaro, es también un pedófilo amante de la pornografía, aficionado a filmar unas escenas asquerosas en las que obliga a participar a menores. Gracias a una denuncia anónima lo pillaron en flagrante y lo metieron entre rejas. Si concedo algún valor a su vida es porque puede ayudarnos a atrapar a Serra.

—Así que también es pedófilo... Sabe de sobra que esa gente tiene los días contados en la cárcel. Marco Tanzi es su única esperanza.

—Exactamente. Y eso es justo lo que Pession debe entender. Tanzi tiene que defenderlo y ganarse su confianza. Es la única manera que tenemos de convencerlo para que colabore.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Son ustedes amigos, ¿no? Por lo que sé, se reconciliaron después del secuestro de su hija. Usted lo ayudó a volver al buen camino, sé que ahora trabaja con ese investigador privado, Giovanni Sandonato, y que ha vuelto a verse con su hija, pese a que el tribunal le negó el derecho hace años. Ésta podría ser una buena ocasión para él, ¿no le parece?

Luca Betti mira iracundo al magistrado.

—¿Qué pretende decir, que debería intentar convencer a Marco haciéndole creer que puede lograr una revisión de la custodia de su hija, que ahora corresponde a la madre? Se equivoca... Giulia Tanzi ya es mayor de edad



y, por tanto, libre de frecuentar a quien le parezca. Ella y su padre se ven a menudo, sin necesidad de que nadie los autorice a hacerlo.

—No me refería a eso. Más bien pensaba que usted podría ofrecer a Tanzi la posibilidad de demostrar a todos, sobre todo a su hija, que vuelve a estar en el lado bueno de la barricada.

—Ese hombre ha pagado con creces su deuda con la sociedad, créame. Ha sufrido lo inimaginable y no debe demostrar nada más.

—Eso es lo que usted piensa, Betti. Dejemos que sea Tanzi el que decida.

—Siendo así, ¿por qué no se lo pide usted, señor Salvemini? ¿Quizá porque fue usted el que lo metió en la cárcel y logró que lo condenaran a la pena máxima? ¿Quizá porque siempre lo ha odiado y lo ha considerado un caso desesperado, una persona irrecuperable, igual que Furio Pession? ¿O porque se avergüenza de haber cometido un error cuando lo juzgó? Marco ha conseguido saldar las cuentas con su pasado, es un hombre libre, se ha desintoxicado, vuelve a tener una verdadera vida. Y usted no puede aceptarlo, ¿verdad? Se niega a aceptar que cometió un error con él.

Salvemini cabecea torciendo la boca en una sonrisa acre.

—Se equivoca de medio a medio, Betti. ¿De verdad piensa que Marco Tanzi no es el mismo hombre que traicionó a su familia y a su mejor amigo, y que fue capaz de ensuciarse las manos con unos crímenes que deshonraron a todo el cuerpo de policía? Usted cree que en la vida es

posible cambiar, redimirse. Es un ingenuo, comisario, al punto que casi lo envidio. En realidad las personas, las cosas... son y siguen siendo lo que son. Para siempre. Yo lo sé, Marco Tanzi lo sabe, sólo usted parece querer engañarse pensando lo contrario. Me importa un comino si su amigo se ha redimido o no, no me interesa. Limítese a comunicarle mi propuesta y verá como él la acepta, se lo aseguro. Y lo hará porque está destinado a ser lo que es, nada podrá salvarlo.

